

La aportación española a la Filosofía^(*)

Gracias a Dios podemos considerar suficientemente contestadas aquellas invectivas con que gustaban de obsequiarnos los «ilustrados» del siglo XVII, y que incluso llegaron a encontrar eco más acá de los Pirineos.

Nadie conocería el nombre de Masson de Morvilliers, geógrafo vulgar con ribetes de poeta, si no fuera por aquella pregunta que mereció nada menos que los honores de una reclamación diplomática de la corte madrileña: «¿Qué se debe a España? Al cabo de dos siglos, de cuatro, de diez, ¿qué ha hecho por Europa?». Desde luego, tratándose de un geógrafo profesional, no sabemos a quién atribuiría ese señor algunas insignificancias como el descubrimiento de América y las exploraciones con que los navegantes españoles dejaron marcada la huella de su paso por todas las regiones de nuestro planeta.

Más incomprensible resulta la peregrina afirmación de un historiador serio como M. G. Guizot, aseverando con el mayor aplomo: «En la historia de la civilización puede suprimirse, sin que se suprima nada, el nombre de España». Con eso de distinguir entre «cultura» y «civilización» no sabemos bien a cuál de las dos habremos contribuido los españoles con escritores como Cervantes y Quevedo; con poetas como Fray Luis de León, Lope de Vega, Verdaguer y Juan Ramón Jiménez; con dramaturgos como Calderón; con prosistas como Fray Luis de Granada; con místicos como Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz; con arquitectos como Herrera y Gaudí; con gramáticos como Nebrija y el Pinciano; con pintores como Velázquez y Goya; con imagineros como Martínez Montañés y Gregorio Fernández, con teólogos como Francisco de Vitoria y Domingo de Soto; con juristas como Martín de Alpizcueta, con filósofos como Suárez y Balmes. No hay que decir que esta lista puede ampliarse indefinidamente, y que se califica a sí mismo en un examen de reválida el que ignore lo que significan esos nombres, no sabemos si en la historia de la cultura o en la de la civilización.

Ahora nuestras fronteras están abiertas todo el año a millo-

(*) Conferencia pronunciada en el INSTITUTO FILOSÓFICO DE BALMESIANA el 10 de octubre de 1961.

nes de turistas, los cuales tienen ocasión de ver sembrado a voleo por nuestro territorio, en catedrales, iglesias, palacios y museos, un poco de lo que ha logrado sobrevivir después de tantas guerras, saqueos, expoliaciones y destrucciones, hechas no pocas veces —recordemos con tristeza el siglo pasado, y el reciente libro de Gaya Nuño— en nombre de la cultura, de la ilustración y del progreso.

Al fin la evidencia se impone, y algo nos van concediendo. Pero hay todavía una rama en la que hasta hace poco los historiadores se resistían a dar cabida a nombres españoles. A pesar de su admiración por nuestra literatura, Federico Schlegel no pestañeaba al afirmar que «España no ostenta ningún gran filósofo, como Italia, Alemania, o cualquier otro país».

¿Será esto verdad? Ya van quedando lejos aquellas beneméritas campañas de D. Gumersindo Laverde, Menéndez Pelayo y Bonilla San Martín en pro de la existencia de una ciencia, y más en concreto de una filosofía española. Nadie podrá decir que han sido inútiles. Por sólo citar una obra, ahí están los siete gruesos volúmenes de la serie todavía inconclusa que desarrolla el plan de la historia de la Filosofía española trazado por Bonilla San Martín. A ellos hay que añadir las numerosas monografías que han ido apareciendo en estos años, y que ilustran el hecho innegable de la realidad, si no de un pensamiento específicamente español, por lo menos de un nutrido plantel de pensadores hispanos, que nos dan derecho a ocupar un puesto decoroso en la historia de la ciencia.

La historia ha roto definitivamente la estrechez de aquellos moldes en que pretendió apresarla Hegel en el siglo pasado. También resultan insuficientes los cómodos esquemas de Edad Antigua, Media y Moderna, a la que ya ha habido que añadirle la contera de la Contemporánea. La historia, con el aluvión de datos acumulados en lo que va de siglo, se ha hecho más compleja, más difícil, pero también más clara, y sobre todo más objetiva, más verdadera, y por lo mismo más científica. No podemos seguir una línea recta, como aquella que estudiaba primero a los griegos, después a los romanos, luego a los bárbaros, a los cristianos, etc. Pero en realidad salimos ganando, porque compensan mucho más las líneas quebradas, onduladas y zigzagueantes, que nos enriquecen con hallazgos insospechados y con conexiones sorprendentes a través del multiforme devenir histórico.

En la historia del pensamiento abundan los Guadianas ideológicos. Ideas que aparecen y desaparecen después. Pero es para volver a reaparecer, a veces a distancia de siglos, ejerciendo una influencia póstuma, y determinando movimientos científicos, sociales, políticos y religiosos, donde geográfica e ideológicamente menos se habría podido sospechar.

Algo de esto ha sucedido con España. Concedamos que no

hemos tenido en filosofía grandes figuras de relumbrón, como algunas extranjeras a las que sin embargo hay que irles quitando mucho de sus relucientes entorchados. Lo que nadie nos podrá negar es que en varias coyunturas históricas los pensadores hispanos han estado presentes en encrucijadas fundamentales de la cultura, y que han sido causa, o por lo menos ocasión, de movimientos muy fecundos y trascendentales, aunque, por desgracia, casi nunca los hayamos sabido aprovechar nosotros mismos, y hayan ido a dar sus mejores frutos lejos de la tierra que los vio nacer. Es lo que de una manera esquemática, porque otra cosa requeriría trazar una historia completa de la filosofía española, me propongo poner de relieve en esta breve disertación.

Desde luego he de advertir que no considero justificada la distinción entre «ciencia» y «filosofía». Ambas nacieron a la vez arrulladas por el murmullo del mar Jónico. Y ambas crecieron juntamente, hasta que intentó disgregarlas un concepto estrecho y positivista del saber. Muchas cosas se aclararían, si nos decidiéramos de una vez en suprimir el «filo» a la «sofía», prefijo bajo el cual, no sabemos cómo, han conseguido agazaparse un conjunto de vaguedades y de ambigüedades, que en nada contribuyen a favorecer la comprensión del genuino concepto de ciencia.

Planteado así el problema, creo que resulta más fácil, o por lo menos más clara la respuesta a la pregunta: «¿Ha habido filosofía en España?». En realidad equivale a preguntarnos si a lo largo de nuestra historia los pueblos hispanos hemos aportado alguna contribución a alguna o a algunas de las partes de la ciencia: a la Filosofía primera, a la Lógica, a la Gramática, a la Física, a la Biología, a las Matemáticas, a la Antropología, a la Moral, al Derecho, a la Política, la Teología.

Propuesta la pregunta de este modo, no hay duda de que la respuesta tiene que ser abiertamente afirmativa. Quizá no en todos los aspectos científicos podamos presentar figuras de tanta categoría, o de tanto relumbrón, como las que figuran en los escaparates de otras naciones. Pero no cabe duda de que en España ha habido físicos, matemáticos, médicos, astrónomos, gramáticos, juristas, moralistas, y sobre todo teólogos eminentes, cuyas doctrinas resisten, a veces ventajosamente, la comparación con las que estamos acostumbrados a ver en las grandes historias extranjeras de la Filosofía.

Sin embargo vamos a fijarnos en concreto en algunos momentos históricos en que la influencia española es más patente, e incluso puede calificarse de decisiva en la orientación del pensamiento europeo.

Séneca. — La primera gran figura filosófica que puede presentar España es el cordobés Séneca, el cual hace revivir el estoicismo en el mundo romano, y cuya influencia es recogida en el

siglo V por San Martín de Braga, y perdura hasta dar origen en el siglo XV a un potente movimiento senequista, en que se destacan Don Alonso García de Cartagena, Juan de Lucena, Pedro Díaz de Toledo, Fernán Pérez de Guzmán, Don Alvaro de Luna, Pedro Martín, Fray Lope Fernández, y que se prolonga hasta Quevedo y más allá.

Calcidio. — En la formación del pensamiento medieval hay un hecho muy importante. Como hace notar Gilson, el platonismo está presente en todas partes. Sin embargo las obras de Platón se perdieron casi en su totalidad, y no vuelven a recuperarse hasta muy entrado el siglo XV, con Plethon, Bessarión y Ambrosio Traversari. Pues bien, el escaso conocimiento directo que los medievales tuvieron de Platón se debe a la traducción latina y al largo comentario de un fragmento del *Tímeo* que hizo en el siglo IV Calcidio, arcediano de Osio de Córdoba. Este influjo se ejerce sobre todo en el siglo XII en la escuela de Chartres, la cual unió su afición a las bellas letras con una preocupación por las ciencias matemáticas y naturales. Calcidio es el texto en que se inspiran Bernardo y Teodorico de Chartres, Bernardo Silvestre, Guillermo Porreta, Clarembaldo de Arras, Guillermo de Conches, y sus teorías están presentes en Honorio de Autun, Alano de Lille y Santa Hildegarda. Con lo cual tenemos a un español del siglo IV influyendo a distancia de ocho siglos en un movimiento cultural de gran importancia para la preparación de la escolástica del siglo XIII.

San Isidoro. — Mención especial merece San Isidoro de Sevilla, situado en la línea de conservación y transmisión de la cultura romana del Bajo Imperio. Algunos historiadores han exagerado más de lo debido sus deficiencias, las cuales, más que suyas, son propias del ambiente en que le tocó vivir. Cada cual es hijo de su tiempo, y dentro de él es como hay que juzgar el mérito, el valor, el sentido y la fecundidad de una labor científica, artística y literaria.

San Isidoro, sin saberlo ni sospecharlo, llevaba tras de sí el lastre de una herencia cultural truncada, como fue la romana, la cual había dejado perder la mayor y mejor parte de la gran enciclopedia científica griega. La escisión entre el Oriente griego y el Occidente latino no fue solamente política y religiosa, sino que afectó profundamente al legado enciclopédico de Grecia. Mientras que las escuelas orientales —Alejandría, Antioquía, Siria— habían conservado, mejor o peor, las grandes obras científicas de Platón, Aristóteles, Dioscórides, Galeno, Euclides, Ptolomeo, etcétera, el Occidente latino dejó perder, o por lo menos no alcanzó a estimar debidamente el valor de aquellos tesoros. El ideal romano de educación fue esencialmente gramatical, retórico y li-

terario, ordenado en un aspecto práctico al foro, o a la administración de las vastas provincias del Imperio.

Roma fue la heredera cultural de Grecia, pero no heredera total, pues sólo conservó una mínima parte del gran legado helénico. Grecia y Roma, o helenismo y latinismo, son dos líneas culturales, que se separaron sin haberse fundido nunca por completo, para volver a confluír, precisamente en España, después de un largo y accidentado rodeo por Oriente.

Pues bien, San Isidoro, después de la invasión de los bárbaros, realiza en su siglo una función de primer orden en la conservación y transmisión de la línea cultural latina, con todas las deficiencias que se quiera, pero que da origen en España a un prometedor renacimiento, con insignes representantes en todas las regiones de la Península: Tajón en Zaragoza, San Julián y San Ildefonso en Toledo, San Quirico en Barcelona, etc.

El movimiento isidoriano quedó cortado en flor por la invasión musulmana, pero no pereció por completo. En España siguió inspirando la escasa cultura mozárabe en Córdoba, con San Eulogio y San Alvaro, y en las breñas del Norte, donde se fueron formando los primeros núcleos cristianos de resistencia, con Heterio de Osma, Beato de Liébana y Justo de Urgel. Pero fue a dar sus mejores frutos fuera de España, en la Inglaterra de San Beda y Alcuino, y a través de éste en la Francia del renacimiento carolingio. El eco del influjo isidoriano perdura todavía en el siglo XII, y el mismo Santo Tomás citará siempre con respeto el nombre de San Isidoro.

Traducciones de Toledo. — Pero quizá la aportación más importante de España a la cultura europea haya consistido en su papel como punto de confluencia de esas dos corrientes, griega y latina, que después de separadas vulven a unirse haciendo posible el gran siglo de esplendor de la escolástica cristiana.

Prescindamos de la cuestión de si hay derecho para incluir a los musulmanes en la historia de la filosofía española. Si nos atenemos al factor geográfico, e incluso al racial, es indudable que sí, pues la aportación de sangre árabe, siríaca o beréber fue sumamente exígua, quedando absorbida dentro de la gran masa de ocho millones que poblaban la península, los cuales, aunque sea un poco triste decirlo, en su mayor parte se sometieron dócilmente al Islám, y aceptaron la nueva fe con un fanatismo igual o superior al de los pueblos del Oriente, Siria, Persia, Egipto y Norte de Africa, regiones que habían sido cristianas, pero que adoptaron el credo musulmán. En esos países, especialmente en Persia, los grandes filósofos, como Alkindi, Alfarabi, Avicena, Algazel, no son árabes de raza, sino iraníes aunque adoptaran la lengua y la religión de sus conquistadores.

Gracias a Dios el caso de España fue muy distinto. La debili-

tación del reino visigodo hizo posible la brillante cabalgata de unos miles de soldados sirios y beréberes que, en un plazo asombrosamente corto, llevaron a cabo la ocupación de casi toda la Península. El desenlace normal parece que debía haber sido la islamización completa del territorio español, lo mismo que había sucedido en los países orientales. Sin embargo no fue así. A pesar de la poderosa atracción que sobre aquella pobre España de los reyes Silo y Mauregato, reclusa en sus húmedas montañas del Norte, tenía que ejercer el esplendor de la Córdoba califal, sin embargo aquellos exiguos grupos de Asturias, Aragón, Navarra y Cataluña, supieron vencer la tentación. No se sintieron solidarios de quienes ocupaban la mayor parte del territorio peninsular, sino continuadores de la monarquía goda y de la cultura isidoriana. En lugar de mirar hacia Córdoba, Damasco o Bagdad, volvieron los ojos hacia Roma y hacia una Europa Cristiana en proceso de formación, aunque sus promesas no podían ser ni mucho menos tan brillantes como las de sus vecinos del Sur.

Es todavía reciente la controversia entre Américo Castro, que trató de poner de relieve la importancia de la aportación judía y musulmana al proceso de formación del carácter español, y Claudio Sánchez Albornoz, que le opuso la tesis del predominio del fondo racial indígena, el cual habría prevalecido sobre el influjo de Roma, y después sobre el del Islám. Concedamos a cada uno la parte que tenga de verdad. Pero yo creo que ha captado mucho mejor el fondo de la cuestión el insigne profesor Millás Vallirosa, al hacer resaltar la polarización de la España cristiana hacia Occidente, y en concreto hacia Roma. Por mucho que se esfuerce el Sr. Castro por convencernos de que en nuestra historia han tenido gran influjo los árabes y los judíos, ninguno de nosotros se siente heredero espiritual de las aljamas ni de las sinagogas. Y por mucha erudición que derroche el Sr. Sánchez Albornoz para hacer resaltar el fondo indígena de nuestra cultura, sabemos que hay en nosotros algo que excede por completo lo puramente racial. Y ese algo es el sedimento que ha depositado en nuestro espíritu nacional la aportación cristiana y europea.

Claro está que la larga convivencia de ocho siglos de dos culturas tan diferentes en un mismo suelo no podía menos de estar abierta a múltiples contactos entre las dos Españas, la cristiana y la musulmana, dando origen a influencias aprovechadas ya en el siglo X por Gerberto de Aurillac en su viaje a Vich y Ripoll. Esos contactos eran inevitables, hasta que llegó el momento en que, viviendo todavía Averroes y otras grandes figuras de la España musulmana, se llegó a la confluencia efectiva de las dos grandes corrientes culturales: la latina, conservada en la España cristiana, y la griega, que llegaba a través de los filósofos y científicos musulmanes. Ese momento, tan henchido de consecuencias para el desarrollo y la orientación posterior de la cultura

européa, es lo que significan las escuelas españolas de traductores, que no funcionaron solamente en Toledo, sino que estuvieron repartidas por los centros más diversos: en la región del Ebro, con Hermann de Carintia, Rodolfo de Brujas y Roberto de Retines; en Tarazona, con Hugo de Santalla; en Burgos, con Juan Gonsalvi; en Barcelona, con Platón de Tivoli y el judío Savasorda.

De esta manera se convierte España en anillo o en canal de transmisión por donde, después de más de diez siglos de olvido y a través de un complicado itinerario geográfico y lingüístico, recibe Europa la aportación de la ciencia griega, completada con la musulmana. Pocas veces se habrá dado otro caso de una transmisión tan accidentada en el orden de la cultura. Lo normal habría sido que algún buen escritor de Roma se hubiese preocupado por traducir al latín las grandes obras de la filosofía griega. Ese fue el proyecto que emprendió nada menos que Cicerón en sus últimos años. Pero su asesinato le impidió llevarlo a cabo. Pensemos con nostalgia en lo que habría significado para la cultura occidental el haber poseído las obras de Platón y de Aristóteles en la bella prosa ciceroniana. Un proyecto semejante fue acariciado e iniciado en el siglo V por otro gran romano, Severino Boecio, el cual por su formación de largos años en Atenas dominaba por igual el griego y el latín. Pero también esta vez una muerte trágica se encargó de impedirlo.

Hubo que esperar a que las cosas llegaran por otros caminos más largos y complicados, y desde luego menos literarios. Los cristianos sirios iniciaron en el siglo IV la labor de traducir a su lengua las grandes obras de los filósofos, científicos, médicos, matemáticos, geómetras, geógrafos y astrónomos griegos. Otros sirios se encargan en el siglo IX de traducir en Bagdad esas obras del siríaco al árabe. Por fin en el siglo XII otros traductores en España acometen la empresa de traducir nuevamente esas obras del árabe al español vulgar, y del español vulgar al latín. ¡Qué fuerza interior deben tener esos grandes monumentos de la sabiduría helénica, pues a pesar de tantos avatares conservaron todavía el suficiente vigor para producir la gran revolución ideológica del siglo XIII!

Lo malo en este caso, como en tantos otros, fue que una vez más España sembró para que otros recogieran. Los frutos, ciertamente magníficos, de las nuevas aportaciones pasaron a enriquecer la universidad de París, donde fueron una de las principales causas determinantes que concurren a hacer posible el gran siglo de la escolástica cristiana.

Ramón Lull. — En honor a la verdad hay que reconocer que no todos los efectos de esas aportaciones hispanas fueron beneficiosos. A ellas se deben dos fuertes corrientes, el avicenismo y el averroísmo, que se desarrollan sucesivamente en la primera y en

la segunda mitad del siglo XIII. Renán y el P. Mandonnet estudiaron el llamado averroísmo latino, que provocó una fuerte reacción alrededor de 1260, terminando en la magna condenación de 1277, cuyas consecuencias fueron fatales para el desarrollo de la filosofía occidental, sembrando el desconcierto en el seno de la escolástica. La corriente averroísta se prolonga, más o menos larvada, hasta muy entrado el siglo XVI en Padua y Bolonia.

Gilson y el P. De Vaux hicieron notar posteriormente la existencia de otra corriente avicenista anterior, también con tesis heterodoxas, con la que hay que relacionar las primeras condenaciones eclesiásticas de 1210 y 1215, y que predomina hasta mediados del siglo XIII, en que fue suplantada por el averroísmo.

Pues bien, en el ambiente de la reacción antiaverroísta hay que encuadrar una gran figura hispánica, cuyo influjo efectivo sobre numerosos pensadores del Renacimiento ha sido estudiado magistralmente por los beneméritos hermanos Carreras Artau. Es Ramón Lull, el Doctor iluminado, «almogávar del pensamiento», como lo calificó el señor Ibáñez Martín al adoptar su árbol de las ciencias como emblema del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Caballero andante de Cristo, alma estremecida como una llama ardiente en el amor a la verdad. El fondo del pensamiento luliano entronca directamente con la corriente afectivista de San Buenaventura. Pero en Lulio el atractivo de su personalidad significa tanto o más que su doctrina. Quizá al ser lapidado en Bugía sus ojos se apagaron en un doloroso sentimiento de fracaso. Lo que entonces no pudo sospechar era que sus enseñanzas iban a florecer más tarde en los meridianos más insospechados: en la Florencia paganizante de Pico de la Mirándola, en el Brixen rebelde del cardenal de Cusa, en la vida andariega y atormentada de Giordano Bruno, en el París humanista de Lefèvre d'Étaples, en las especulaciones un poco desorbitadas de Bouillé y Guillermo Postel, en los ensayos alquimistas de Paracelso y Agripa de Nettesheim, y hasta bajo la empolvada peluca de Leibniz. Con este abanico de influjos el lulismo es un capítulo interesante de la historia de la filosofía.

Renacimiento. — También se nos ha regateado con insistencia el haber vivido el Renacimiento. En los historiógrafos de la «Ilustración» y de la Enciclopedia, e incluso en otros más recientes, este tema no es más que una variante del viejo y gastado tópico de la barbarie medieval. En España, como nación católica, hay que cargar la culpa de nuestro atraso a la Iglesia y a la Inquisición, que habrían tenido encadenada la libertad de pensamiento y de palabra, aunque se dé el caso de que nunca como en ese par de siglos haya tenido España tantos ni tan magníficos pensadores, ni hayan salido tantos libros de nuestras prensas.

Es más fácil lanzar de soslayo una frase hiriente y despec-

tiva, que acercarse a estudiar en pormenor la historia, el arte, la literatura, y la filosofía y la vida de un pueblo. Prescott nos despacha con decir que somos un país sumido en las sombras y cerrado a las luces del Renacimiento. La historia de Cambridge califica a España como refractaria a los estudios liberales del Renacimiento. Hasta la sesuda Historia de la Filosofía de Ueberweg sentencia que «Spanien hat keinen eigentliche Renaissance erlebt». Todavía en 1927 preguntaba un tal señor Klemperer: «¿Gibt es eine spanische Renaissance?».

La verdad es que ante afirmaciones tan rotundas, lanzadas por autores que pasan por bien enterados, uno duda si habla el mismo lenguaje de la demás gente, o si ellos o nosotros estamos afectados por una especie de daltonismo espiritual que nos impide ver las cosas en su auténtica realidad.

A pesar de todo creemos que basta una superficial visita turística a ciudades como Toledo, Salamanca, Avila, Sevilla, Valladolid, Alcalá, Santiago, El Escorial, el museo del Prado, etc., para salir con los ojos deslumbrados por tanta maravilla acumulada en arquitectura, pintura, escultura y orfebrería. Es suficiente una ligera ojeada a cualquier historia de las universidades, para saber lo que significaron en el Renacimiento por lo menos Salamanca y Alcalá. Cualquier aficionado sabe perfectamente que algo entendieron de pintura un Zurburán, un Alonso Cano, un Murillo y un Velázquez; y que tampoco manejaron la gubia del todo mal un Montañés o un Salzillo. Basta un tinte enciclopédico de cultura, al alcance de cualquier alumno de bachillerato, para saber lo que en el mundo de las letras significan Fray Luis de Granada, Fray Luis de León, Cervantes, Calderón y Lope de Vega.

Lo que no debemos olvidar es que el llamado Renacimiento es un fenómeno histórico sumamente complejo, lleno de intenso fermentar de un nuevo espíritu ante la vida, que tiene profundas repercusiones en todas las manifestaciones culturales, sociales, políticas, económicas, artísticas, intelectuales y religiosas de los distintos pueblos europeos. Durante ese largo período, que en las cronologías más restringidas abarca por lo menos dos siglos, pues sin esfuerzo puede hacerse comenzar en la corte pontificia de Aviñón, y que en algunas de sus manifestaciones se prolonga hasta muy entrado el siglo XVII, Europa es escenario de una serie de transformaciones fundamentales que afectan a todos los órdenes de la cultura. A los factores que venían ya actuando desde la Edad Media se suman otros nuevos, algunos tan imprevisibles como el descubrimiento de América, con la fabulosa ampliación que experimenta el conocimiento de nuevas tierras, pueblos, razas y costumbres. Por vez primera el mundo adquiere sus verdaderas dimensiones.

Pero el Renacimiento no es un hecho homogéneo, sino que en cada país reviste caracteres muy distintos y netamente diferen-

ciados de los demás. Dentro de algunas notas comunes, en muchos casos superficiales, una cosa es el Renacimiento italiano, otra el francés, otra el alemán, y también otra cosa el español. Por esto no resulta legítimo ni ajustado a la verdad el juzgarlos a todos por un mismo módulo.

Tampoco es justo insistir demasiado en la frivolidad, en la superficialidad, en el naturalismo, e incluso en la inmoralidad y la irresponsabilidad de algunos de sus representantes más característicos, ni en las derivaciones más o menos desagradables que de él se originaron. Por lo menos ese panorama debe completarse teniendo en cuenta la labor gigantesca que los renacentistas realizaron en muchos órdenes de la cultura, abriendo cauces nuevos al saber. No es posible hacer la historia de muchas ramas de la ciencia moderna, sin tener presentes las aportaciones de primer orden que en ella significa el esfuerzo realizado en esos siglos.

De esta complejidad provienen las casi infinitas interpretaciones que se han dado al fenómeno renacentista. Hay para todos los gustos. Desde las ponderaciones más encomiásticas hasta las diatribas más virulentas. En todas ellas hay algo de verdad, porque el Renacimiento es algo tan proteico y tan rico en aspectos, tan abierto a las consecuencias más dispares, que de él cabe decir tanto lo mejor como lo peor.

Pues bien, a pesar de quienes nos regatean haber vivido el Renacimiento, lo cierto es que España recibió muy pronto el influjo de sus más primaverales manifestaciones italianas en los teólogos que asistieron a los concilios de Constanza, Basilea y Florencia. La corte de Alfonso el Magnánimo en Nápoles se convirtió en un centro floreciente del humanismo. Aunque propiamente nuestro Renacimiento no remontó su vuelo hasta el reinado de los Reyes Católicos, que según Andrés Bernáldez, el «Cura de los Palacios», «fue en España la mayor empinación, triunfo e honra e prosperidad, que nunca España tuvo». Ambiente que expresa gráficamente Juan de Lucena cuando dice: «Jugaba el rey, éramos todos tahures; estudia la reina, agora somos estudiantes».

Es verdad que nuestro Renacimiento es un poco tardío. Pero todavía llegamos a tiempo para igualar en número y calidad lo mejor que produjeron otros países. Es menos brillante y menos espectacular que el italiano, pero también más serio y de más sustancia. Mencionemos solamente como obras cumbres las dos Políglotas, la de Alcalá, patrocinada por Cisneros, y la de Amberes, bajo los auspicios de Felipe II.

Pero la gran gloria de España en el siglo XVI fue la reforma de la Teología depurada de su lastre nominalista por Francisco de Vitoria, y que en la escuela salmantina se atavió con Melchor Cano con las galas más exquisitas de la más pura latinidad. Docenas de teólogos de primera categoría en la escuela dominicana,

que se completa con la espléndida galería que presenta la recién nacida Compañía de Jesús, en que brilla como lumínar de primera magnitud la figura de Francisco Suárez.

Tampoco puede negarnos nadie la grandiosa colección de juristas, que enfocaron los grandes acontecimientos de aquel tiempo desde las alturas de los principios del derecho natural, iluminados por la luz de la Teología cristiana, dando por resultado la creación del Derecho Internacional, que España inventó, no en provecho propio ni para justificar sus conquistas, sino en beneficio de los países que ella, misma había descubierto, y a los que llevó el cristianismo y la civilización.

Baste pues dejar esbozadas estas líneas, excesivamente vagas y generales, para llegar a la convicción de que algo debe la cultura europea a la labor de los españoles en siglos pasados.

FR. GUILLERMO FRAILE, O. P.
Universidad de Salamanca.